

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Jeroboam

1 Reyes 11:26-40; 12; 13:1-10, 33-34; 14:1-20

Salomón inspeccionaba las fortificaciones que mandaba construir en Jerusalén. Jeroboam, un hombre joven, hijo de una viuda, llamó su atención por su ardor en el trabajo. El rey lo escogió para confiarle la dirección de toda la obra de su tribu. Así Jeroboam adquirió un puesto de importancia.

Un día salió de Jerusalén y encontró al profeta Ahías silonita vestido con un manto nuevo. Repentinamente, el hombre de Dios rasgó su manto y lo partió en doce pedazos. Ellos estaban solos en el campo y Ahías le anunció que, así como el manto había sido roto, el reino de Israel sería dividido: diez tribus escogerían a Jeroboam por rey y las otras dos permanecerían con el hijo de Salomón. El profeta recordó toda la idolatría introducida en Israel por culpa del rey y de sus mujeres. En lugar de seguir el ejemplo de su padre David, Salomón se apartó de Dios. El juicio alcanzaría a su familia, pero sólo después de su muerte.

¿Cómo fue conocida esta profecía? La Palabra de Dios no lo dice. Bien se puede pensar que Jeroboam no guardó el secreto. ¡La perspectiva era demasiado atractiva! Fuese como fuese, la noticia llegó a Salomón, quién trató de hacer morir al joven. Éste huyó a Egipto, en donde permaneció hasta la muerte del rey.

El profeta había precisado bien que si Jeroboam escuchaba la Palabra de Dios y andaba en sus caminos, la bendición

divina reposaría sobre el reino de las diez tribus. Se hallaba ante una promesa que la fe podía asir, pero cuyo cumplimiento estaba condicionado por su caminar. ¿Sería fiel a Dios?

Salomón murió. Su hijo Roboam se presentó ante el pueblo para ser ungido por rey. Siempre es difícil suceder a un gran hombre, pero Roboam, imbuido de sí mismo, se mostró particularmente torpe. En lugar de seguir el consejo de los ancianos, quienes le aconsejaron: “Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y lo sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablases, ellos te servirán”, respondió a la delegación de las tribus con dureza y orgullo: “El menor dedo de los míos es más grueso que los lomos de mi padre... mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones”. La revuelta se desencadenó: con Jeroboam a la cabeza, los israelitas volvieron “a sus tiendas”. Sólo Judá reconoció a Roboam.

La profecía de Ahías se cumplió: Jeroboam fue nombrado rey sobre todo Israel, excepto sobre Judá. ¿Cómo iba a comportarse? ¿Haría caso a la exhortación del profeta? ¿Confiaría en Dios, quien le había prometido el reino? Jeroboam no consultó más que con sus propios pensamientos: “Si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa de Jehová en Jerusalén... me matarán a mí, y se volverán a Roboam” (12:27). Entonces instaló dos becerros de oro, uno en Be-tel y otro en Dan, animando a Israel a considerarlos como sus dioses. Aarón, su predecesor, había hecho lo mismo, acarreado así un terrible juicio sobre el pueblo (Éxodo 32:1-6).

Pero a Jeroboam esto no le importaba. Estableció sacerdotes a su gusto, una fiesta religiosa según sus propios pensamientos, y él mismo ofreció el incienso sobre el altar. La fe y la fidelidad hacia Dios le habrían asegurado el reino a él y a su descendencia. ¿Cuál sería el resultado de lo que él imaginó y estableció “en su propio corazón”?

Sin embargo, Dios no lo abandonó. Le envió un profeta desde Judá. Jeroboam estaba junto al altar para quemar incienso cuando repentinamente oyó una terrible voz: “Altar, altar, así ha dicho Jehová: He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman sobre ti incienso”. El rey se dio la vuelta. ¿Quién tenía la osadía de clamar así? Pero la voz continuó: “Esta es la señal de que Jehová ha hablado: he aquí que el altar se quebrará, y la ceniza que sobre él está se derramará”. Jeroboam, en vez de prestar atención a la voz de Dios por medio de su profeta, se volvió, extendió su mano y dio la orden de prender al intruso. “Mas la mano que había extendido contra él, se le secó, y no la pudo enderezar. Y el altar se rompió, y se derramó la ceniza del altar, conforme a... la palabra de Jehová” (13:1-5).

Evidentemente, Jeroboam fue puesto en presencia de Dios. ¿Sería tocada su conciencia? ¿Se volvería hacia Aquel que lo había sacado del anonimato para ponerlo sobre el trono? Rogó al profeta que implorara al Señor para que le restaurase su mano. El hombre de Dios oró y el rey fue sanado, pero su corazón no cambió. El profeta se marchó, mas el rey no se apartó de su mal camino. Estableció a otros sacerdotes para su culto idólatra: “Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra” (13:34).

No obstante, en su gracia, Dios quiso hablarle aún. Su hijo mayor, Abías, su presunto heredero, a quien el pueblo amaba, en quien se había hallado “alguna cosa buena delante de Jehová Dios de Israel” (14:13), cayó enfermo. Jeroboam estaba angustiado. ¿A quién acudir? Entonces se acordó del viejo profeta, quien en su juventud le había anunciado que él reinaría. Envío a su mujer con un disfraz para consultarle por su hijo. Ahías ya no podía ver, mas Dios le reveló el nombre

de su visitante. Apenas la mujer entró en su casa, el profeta la desenmascaró: “Entra, mujer de Jeroboam... Yo soy enviado a ti con revelación dura”. Le recordó la bondad de Dios hacia Jeroboam y la infidelidad del rey, quien se había hecho dioses ajenos y había echado a Dios tras sus espaldas. El juicio iba a desencadenarse sobre su casa; todos los varones serían destruidos hasta que no quedara ni uno. “Y tú levántate y vete a tu casa; y al poner tu pie en la ciudad, morirá el niño”. Desolada, la madre volvió a Tirsá. ¿Hubo arrepentimiento en su corazón? ¿Exhortó a su marido para que se volviera a Dios? La Palabra no nos dice nada al respecto. “Y entrando ella por el umbral de la casa, el niño murió”.

La bondad de Dios, sus promesas, sus beneficios, la profecía, luego la advertencia de los profetas... nada tocó el corazón de Jeroboam. Hubiera podido, pero no quiso. Después de veintidos años de reinado, Jeroboam murió. Su hijo Nadab le sucedió, pero apenas ocupó el trono durante dos años. Entonces la descendencia de Jeroboam fue exterminada según la palabra del profeta.

Cristianos, no descuidemos las advertencias que Dios nos da en su Palabra. Él “se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:35). Tomemos ejemplo en la vida de José: “Jehová estaba con él, y... todo lo que hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano” (Génesis 39:3).

G. A.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).